

# España. Cervantes. Bolívar

Escribe: RAMON ZAPATA

"...y es muy versado en la literatura Española".  
P. De Lacroix. Diario de Bucaramanga.

## Don Quijote y Bolívar

Uno de los grandes escritores hispanoamericanos, José Enrique Rodó, el castizo autor de "Ariel" y del valeroso ensayo "Jacobinismo y Liberalismo", al final de un discurso decía que si es alta la idea de la patria "en los pueblos de la América Latina, en esta viva armonía de las naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo tan alto como la idea de la patria, y es la idea de la América: la idea de la América como una grande e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de Méjico hasta los sempiternos hielos del Sur". Y añadía: "Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una u otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana". Y nosotros podríamos agregar hoy a esta pléyade el nombre de Suárez, entre otros. Son estas palabras del pensador montevideano tan altas y nobles cuanto es noble y alto el autor de los "Motivos de Proteo".

Coinciden estas apreciaciones con el sueño de Bolívar que anhelaba dar libertad a Cuba y a Puerto Rico y establecer de esta

suerte un equilibrio entre los Estados Unidos y las repúblicas hispanoamericanas (1).

Hemos encontrado geniales atisbos en un libro de don Miguel de Unamuno, que acredita cuanto hemos pretendido inculcar en estas líneas. Dice el famoso rector de la Universidad de Salamanca:

#### Ante todo las biografías

Ante todo los hombres. Siempre me ha interesado más el individuo que la muchedumbre, las biografías más que las historias generales y la psicología más que la sociología. Me parece que fue uno de los grandes aciertos de Sarmiento el de escoger la figura de Facundo Quiroga para trazar en torno de ella el cuadro de la lucha entre la civilización y la barbarie, y uno de los grandes aciertos de Mitre el de tomar a Belgrano y a San Martín para agrupar en torno de ellos la historia de la emancipación de las repúblicas del Plata y aldañas. Con la ventaja acaso a favor de Mitre —a cambio de algunas desventajas— de que como decía Alberdi a Sarmiento en la tercera de sus “*Cartas Quillotanas*”, se debe escribir la historia de los buenos más bien que la de los malos e “*historiando a Belgrano, a Rivadavia, a San Martín, a García Moreno, etc.*”, se habría podido educar a la juventud en el “*amor a la libertad*” más bien que en el “*odio personal a los malvados*”. Y añadió: “*Plutarco no historió a pícaros para servir a la educación*” (2).

Es sin duda, agrega, Simón Bolívar, un héroe para un poema a la manera de los de Browning en que toma un personaje histórico como centro de reflexiones poéticas. Puede y debe decirse que hasta hoy la América ha producido más hombres de acción que contemplativos de pensamiento puro, sus Aquiles superan a sus Homeros; por lo general los historiadores aun habiéndolos tan notables, no llegan a la talla de sus historiados.

---

(1) José Gil Fortoul. “*Historia Constitucional de Venezuela*”. C. IV. L. III.

(2) Miguel de Unamuno. “*Soliloquios y Conversaciones*”, p. 163.

## El eco del Quijote

Una pausa, para escuchar un leve rumor que vaga en el ambiente:

“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor”.

Hace tres siglos y medio que el eco lleva y trae estas palabras con que el inmortal genio de Cervantes inicia “El Quijote”, asociación sublime de lo ideal y de la realidad.

Aparece esta obra en la cumbre más elevada de las letras españolas. Desde esta altura, mirando al pasado, se divisan entre las brumas del siglo XI los remotos orígenes de la poesía épica. Son héroes legendarios, que vestidos de armaduras, entre un bosque de espadas y de lanzas que centellean fugazmente en la penumbra de aquella lejana aurora, cruzan rápidamente el horizonte en corceles que se pierden entre nubes de polvo.

En la hora matinal del siglo XII vemos al “Cid” que cabalga a través de las enjutas sendas de Castilla, camino del destierro, víctima de envidia palaciega y de ingenuidad soberana. Sereno, tranquilo, reposado, de recta conciencia, digno, cumplidor del deber; símbolo de fortaleza y reciedumbre física y moral: encarnación del sentido monárquico llevado a España por los visigodos y contra el cual, andando los tiempos, luchará Bolívar en América: es la figura nacional, que asombra, emociona y cautiva. Contrasta esta visión con el cuadro purpurino de “Los Siete Infantes de Lara”, exaltación de la venganza y del viejo honor castellano.

### La lírica

Menos distante, se destaca la efígie del patriarca de la poesía lírica, Gonzalo de Berceo, que canta deliciosa y reposadamente en pintoresco “Prado místico”, cruzado por frescas y cristalinas fuentes. El paisaje se complica un tanto con la figura procerca del arzobispo Jiménez de Rada, padre de la prosa histórica con su libro escrito “con soplo de eternidad”, “Historia gothica”, y con Fernando III de Castilla, que con el “Fuero Juzgo” invita a su nación a ocupar el primer puesto en la jurisprudencia en la Europa medieval.

En sitio de honor, rodeado por una corte de líricos provenzales, de sabios políglotas, de astrónomos, de juristas e historiadores, venidos de Oriente, como los reyes magos, comparece en la centuria XIII la noble imagen de Alfonso X, el Sabio. De su inmensa biblioteca se destacan tres obras monumentales: la "Grande e general estoria", la "Crónica General o estoria de Espanna" y "Las Siete Partidas".

### La novela

En su tienda de campaña encontramos en el siglo XIV a un sobrino del rey sabio y nieto del rey santo, el príncipe Juan Manuel, escribiendo en las treguas de la lucha secular contra los moros uno de los más bellos libros de apólogos: "El Conde Lucanor". Traducido del francés o del provenzal se acoge a las bibliotecas de los letrados la "Gran Conquista de Ultramar", con la linda leyenda de Lohengrin.

Un precursor de Don Quijote es "El caballero que avía per nome Cifar", que para mayor semejanza con el hidalgo tiene por escudero al socarrón de Ribaldo, tan prudente como zafio. Como estrella de primera magnitud brilla una de las figuras más discutidas de la literatura hispana, y, acaso, de la universal, en el famoso Arcipreste de Hita, Juan Ruiz, con su única obra el "Libro de buen amor", la más significativa y brillante de aquella época, mezcla de inteligencia y sensualidad, "inmenso mosaico de geniales atisbos en que aparece la sociedad picaresca del siglo pintada con soberanos y definitivos trazos", y calificada de inmoral y desvergozada, cuando no de moral y ejemplar.

### Influencia italiana

En plano menos distante. Es una solemne procesión que se inicia en Italia, hacia la península ibérica: la encabeza Dante, el visionario; Petrarca, el poeta enamorado, y Boccaccio, el cuentista drolático. Les sigue una turba en la que se destaca Sannazaro que trae la "Diana", dulcísima novela pastoril. Se advierte en el siglo XV un cambio de edad en las letras españolas, que dejan la adolescencia para hacerse adultas.

Una caterva de vagabundos aventureros, que se llaman caballeros andantes, un tanto advenedizos, y que recorren a la sazón

todos los caminos de Europa, hacen de la península su patria definitiva.

La lírica que había quedado dispersa desde la décimatercera centuria en versos rebosantes de amor, se colecciona en hermosos y codiciados volúmenes que toman el nombre de "Cancioneros"; los romances, flexibles y graciosos, que retratan maravillosamente todas las grandezas y pequeñeces del pueblo español, "epopeya sin Homero" como los llaman Lope de Vega y Víctor Hugo, se recogen en hermosos libros, los "Romanceros".

### El Siglo de Oro

Aquel inmenso contenido intelectual, que aumenta por momentos, como los ríos "que van a dar al mar" en marcha triunfal hacia la plenitud del siglo de oro, está cifrado en Iñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana, que cultiva con feliz éxito todos los géneros literarios y poéticos de su tiempo.

Mientras España es invadida por libros de caballerías, y la épica forcejea por romper los límites estrechos del verso, y la vida hazañosa y aventurera del siglo XV se impone el deber de exaltar más ampliamente el valor, la constancia, el amor y a la mujer, aparece la novela "Epopeya bastardeada", según Federico Schlegel; "última degeneración de la epopeya", en opinión de Menéndez y Pelayo, y la "forma más excelente y característica de la poesía épica", en sentir de Navarro y Ledesma. Es el predominio de la vida heroica de la época, después de ochocientos años de debate en los campos de batalla con los hijos del Islam. Los hechos portentosos en tierras de Pelayo son superiores a toda ponderación. Sobran héroes en la Península.

Pero, detengámonos breves momentos en esta acelerada visión panorámica. Ya se escuchan en los viejos y resecos caminos castellanos las pisadas isócronas de Rocinante que trae a cuestras al último de los andantes caballeros, entre el sordo rumor de la muchedumbre renacentista. Apresurado es el paso del sublime y lastimoso iluminado que sube por la cuesta del ideal "a galopar gloriosamente sobre los siglos y sobre los milenios", seguido lentamente "del más grande de los hombres de Estado: Sancho Panza", al decir de Salvador de Madariaga. Le aprieta a darse prisa la falta que él piensa que hace en el mundo su tardanza. Es de mañana, antes del día; por más cierto, "uno de los

calurosos del mes de julio". Cubre la cabeza del flamante caballero mal compuesta celada; su brazo izquierdo abraza la adarga; en su derecha trae la lanza. Así se muestra por el antiguo campo de Montiel, entre la dorada lluvia de un sol matinal, que saludan "pequeños y pintados pajarillos con sus arpadadas lenguas" no enseñadas.

Y mientras ebrio de amor, va en pos de una quimera, al través de un laberinto de aventuras que destrozan el corazón, su escudero, despreocupado, busca solamente la pitanza y la holgada gobernación de la ínsula Barataria. No es menos humorístico su regreso al hogar apaleado y befofo por haber defendido sus ideales; allí, su ama y su sobrina, representantes del sentido común, le reciben cómodamente comiendo pan candeal y haciendo calceta. Esto hacer reír, ciertamente, pero también empaña los ojos y oprime el corazón.

—¿Que si Bolívar leyó "El Quijote"?

—No solamente lo leyó, sino que le imitó gloriosamente.

Dice don José Fortoul en su "Historia Constitucional de Venezuela", hablando del Libertador: "Si su organismo era sobre todo español, los ímpetus de su alma también lo fueron a menudo" (3).

Sí, españoles y quijotescos —comenta don Miguel de Unamuno, una de las figuras más ilustres de la intelectualidad española contemporánea—, Bolívar fue uno de los más fieles adeptos del quijotismo.

Y antes de finalizar esta síntesis apresurada, hagamos una breve digresión para confirmar particularmente el conocimiento que el Libertador tuvo de "El Quijote".

El 6 de diciembre de 1830, Bolívar deja la ciudad de Santa Marta, por consejo de los médicos, y se dirige a la "Quinta de San Pedro Alejandrino" en donde la hidalguía española de Joaquín de Mier le ofrece hospitalidad, que iba ser la última morada de su cuerpo mortal. Lleno de gloria y de tristeza entra en la sala de aquel hogar español, en donde se recatan unos cuantos libros en un anaquel. El Libertador lee los títulos de estos y exclama:

---

(3) Gil Fortoul. Ob. Cit.

—¡Cómo! ¡Si aquí tiene usted la historia de la humanidad! y va leyendo... “Gil Blas”, el hombre tal cual es; “El Quijote”, el hombre como debiera ser...

Una de aquellas últimas tardes en que el sol se ponía dando sus postreros reflejos en la copa de los tamarindos del patio de la casa, le preguntó a su médico si sospechaba quiénes habían sido los tres más insignes majaderos del mundo; y al decirle éste que no, contestó Bolívar, olvidándose volterianamente de la divinidad del primero:

—¡Los tres grandísimos majaderos hemos sido Jesucristo, Don Quijote y... yo! (4).

---

(4) Ricardo Palma. “Mis últimas tradiciones peruanas y cachivacheries”; cita de D. Miguel de Unamuno.